

## GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

### D. LUIS ENRIQUEZ DE GUZMAN,

Conde de Alvaldeliste. Vigésimo primo virey de la Nueva-España. Desde 1649 hasta 1653.



1649.

ONFERIDO el cargo de virey del Perú al conde de Salvatierra, como llevamos expresado, se nombró de pronto gobernador de la Nueva España al obispo de Yucatán D. Marcos de Torres y Rueda, y no descurrió la corte de señalar virey inmediatamente que lo fué D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alvaldeliste; pero no pasó este luego á la Nueva España. Así fué, que muerto el obispo gobernador tomó el mando la audiencia que además de la antigua disposicion que prevenia esto, le dejó sus poderes el obispo. Su primera atencion fué la obra del desagüe, por esto revocó el decreto por el cual la habia mandado suspender D. Marcos de Torres. El día 12 de junio en la flota que se hizo á la vela urgido bastante por estrechas y muy repetidas órdenes de la corte, salió para España el Illmo. Palafox, dejando á México privada de un hombre esclarecido. No fué menor la pérdida que sufrió pasados dos meses con la muerte del provincial de la compañía, el padre Pedro de Velasco. Era este prelado nieto de D. Luis de Velasco, el primer virey de este nombre, y sobrino del segundo, como hijo de su hermano D. Diego; y á su fallecimiento, que acaeció el 26 de agosto, contaba ya ochenta y seis años de edad. Grandes y muy señalados servicios prestó á la causa de la religion y de la sociedad; vióse honrado en su muerte, llevado en hombros de los prelados de las otras religiones, fuerónle hechos los oficios de sepultura por el Sr. Dr. D. Nicolas de la Torre, catedrático de

prima de cánones en la universidad de México, dean de esta Catedral y obispo electo de Cuba, asistiendo el reverendo obispo de Michoacan D. Fr. Marcos Ramirez de Prado. Hemos hecho mencion de este suceso, ya por la calidad de la persona del padre Velasco, ya tambien por haber sido el que sostuvo dos años antes con el Sr. Palafox la cuestion de que llevamos hablado en su lugar.

1550.—Continuaba gobernando la audiencia nada habia alterado la paz de que la Nueva España disfrutaba despues de los sucesos de Puebla, y solo en el interior producian alguna agitacion los indios tarahumares de cuya ocurrencias hablaremos. En este estado entró en el gobierno de la Nueva España su virey el conde de Alvaldeliste el día 3 de julio, dotado el conde de un carácter dulce y afable, se hizo bien pronto amar de los habitantes del pais que vino á regir. Poco tiempo hacia que se hallaba gobernando, cuando le llegó la noticia del levantamiento de los tarahumares. Volvamos algo atras para referir este suceso desde su origen. Dos naciones de un mismo nombre, ó mas bien, dos porciones de un propio pueblo, radicada la una en Sinaloa, y la otra en Chihuahua, eran los tarahumares, que conquistados por la voz suave de los predicadores evangélicos habian permanecido sumisos tanto tiempo; intentaron al fin revelarse los de Sinaloa, sea porque experimentasen de las autoridades españolas un gobierno fuerte, sea porque los inquietara la presencia de las armas de los hijos de la Peninsula, sea mas bien porque empezaran á temer que el Evangelio

solo fuera un medio de que se hacia uso para sujetarlos mas fácilmente á la corona de Castilla. Pudieron muy bien influir las tres causas como lo acreditan los hechos. Ya en 648, el jefe de la nacion habia comprometido en union de otros tres la rebelion; mas perdidos los auxilios de los tepehuanes y otros pueblos con que contaban, por una ocurrencia imprevista, determináronse á obrar por sí solos atacando al pueblo de San Francisco de Borja, donde hicieron perecer su guarnicion, compuesta de cinco españoles y algunos indios que cercaron, poniendo en seguida fuego en las casas donde se habian retirado, sin hacer daño alguno á los tarahumares de Chihuahua para tenerlos gratos: era San Francisco el pueblo que abastecia las misiones de toda clase de viveres. Sabedor de esto el justicia mayor del Parra, salió en busca de los bárbaros, armando al efecto á los vecinos y mercaderes: internóse en los bosques sin alcanzar un feliz resultado, puesto que solo logró encontrar con partidas cortas de los enemigos que se habian dispersado, y con las cuales tuvo algunas ligeras escaramuzas bien insignificantes, y como la clase de hombres que le acompañaba no eran de los acostumbrados á las fatigas militares, volvióse muy pronto á la poblacion de donde habia salido.

No hubo pasado mucho tiempo sin que el gobernador de la Nueva Vizcaya llegase á saber la revolucion, y luego hizo poner en camino para ponerle término, al capitán Juan Barraza con alguna fuerza y dos eclesiásticos que pretendieron ejercer grande influjo entre los indios, y que habiendo causado la desunion de los soldados los hizo volver el gobernador. Barraza marchó haciendo grandes investigaciones para descubrir el lugar donde se hallaban los tarahumares, y cuando ya tuvo noticia de él, no atreviéndose á combatir con la fuerza que llevaba, pidió mas al gobernador y virey. Fajardo, que era el gobernador, partió el mismo con trescientos sesenta hombres, y unido con Barraza incendió las poblaciones de los indios, taló sus campos, ¡bello modo de hacer la guerra! y cuando le pidieron la paz puso por condicion que le fuesen entregados los cuatro caciques que los habian sublevado. Constatósele presentando la cabeza de uno, sus mugeres é hijos, despues se hizo lo mismo con otro; y los otros dos, pasados algunos dias, se rindieron. ¡Qué ejemplos tan raros de moralidad daban los cristianos á los infieles que querian convertir!

Calmóse por entónces la rebelion al parecer,

y para conseguirlo con mas solidez, se mandó fundar una mision en el valle de Papigochi, donde tenian su principal poblacion los tarahumares que habitaban allien una gran porcion. Encargóse pues el padre Cornelio Bendin de la compañía, y en muy poco tiempo logró civilizar á los indios y convertirlos á la fé del cristianismo; pero como quiera que no le faltasen enemigos entre los mismos españoles, á cuya ambicion habia puesto limites, intentósele privar de la existencia de lo que fué avisado por el gobernador de la Nueva Vizcaya, que le aconsejaba se pusiese en salvo; mas despreció este aviso no porque el dudase de su certidumbre, sino por su celo religioso que no le permitia desamparar á sus neófitos. Pasóse algun tiempo sin que ocurriese alteracion alguna, todo estaba en una completa calma, estado sin duda de los mas temibles cuando acaba de pasar una conmocion popular. En efecto, tres caciques que eran ya católicos, y uno de ellos de los que habian servido en la contienda pasada á los españoles, se disponian á una nueva rebelion: cansábanse ya de la servidumbre y juzgaban que la religion era solo un pretexto para hacerlos permanecer en un estado tan degradante y vil. Así que, se declararon enemigos irreconciliables antes del sacerdocio que de cualquiera otra clase, y por lo mismo, el 5 de junio de 649, á la madrugada, mucho antes del nacimiento de la aurora, dirigieron su ataque á la casa del misionero poniéndola fuego y esperándole así como á sus compañeros en la parte de afuera. Por huir del incendio salió el Bendin y los que con él vivian en su casa, y luego hechos presos de los tarahumares, fueron muertos inicuaente. En seguida los indios profanando las imágenes y vasos sagrados, casi al salir el sol dejaron el pueblo marchando armados á la campaña.

Airado D. Diego Fajardo, gobernador aún, luego que llegó á sus oidos tan inesperada nueva, hizo partir con toda prontitud al capitán Juan Barraza á la cabeza de trescientos soldados españoles y algunos indios sobre los rebeldes tarahumares. Estos que alguna instruccion tenian ya adquirida en el arte de la guerra no esperaron á sus adversarios en campo raso donde podria arrollarlos la caballeria, hiciéronse fuertes en un peñol que se hallaba defendido en su paso por dos arroyos bastante crecidos que lo regaban, y no contentos con esto se amurallaron con piedras, colocando algunas otras cosas que impidieran el paso al enemigo. Dispuestos ya y prevenidos de esta manera esperaban de un momento á otro la lle-

gada de Barraza, que por pronta que fuese, nunca era inesperada para ellos ni les sorprendía estando aprestados para el combate, como sucedió, que llegando este gefe español experimentó una resistencia que no se había prometido de adversario á su entender tan débil é insignificante. Algunos días estuvo atacando sin ventaja alguna, hasta que por parte de los tarahumares se emboscó un cierto número de hombres y otros salieron á provocar la acción y empeñarla; presentáronse á este intento bien cerca de la tropa contraria, y cuando la vieron entusiasmada, fingieron huir, fueron seguidos, y estando ya adelante del bosque volvieron sobre ellos, y al retroceder se hallaron cercados por todas partes, y solo debieron volver á su campamento los que no se contaban ya entre los muertos, heridos ó prisioneros, al auxilio que les prestó la caballería que Barraza que estaba de reserva les mandó. Viéndose este gefe así derrotado con fuerzas muy débiles, cuando sus enemigos contando al principio con dos mil, acababan de recibir otros mil y recibían mas cada día, pues se hallaban ligados con ellos todos los pueblos inmediatos, determinó volverse á Papigochi. Para esto ordenó á los indios que tenía consigo encendieran luminarias aquella noche y cantasen como de costumbre, y luego de retirada la division, que lo hiciesen también ellos. Así se practicó, y á la mañana siguiente los tarahumares se encontraron ya libres del sitio que en los días anteriores les había sido formado.

Luego que D. Diego Fajardo recibió pesareso la noticia de la retirada de Barraza, determinó obrar por sí mismo: dispuso sus fuerzas y marchó. Infructuosa como la de Barraza fué la expedición de Fajardo, si bien logró, á pesar de la estación de aguas en que la emprendió y en que estaban los rios muy crecidos, en los reñidos encuentros que tuvo con los tarahumares haber dado muerte á su caudillo principal, lo que les hizo retirarse una noche; mas al día siguiente fué á su alcance hasta Tecomochic, en donde no pudiendo vadear el rio, hubo de suspender su marcha retirándose aconsejado de un religioso jesuita que no lo juzgaba á propósito para entrar en negociaciones.

1651.--Retirado ya de la campaña al Parral, Fajardo recibió órdenes del virey que le mandaba para seguridad de aquellos puntos que estableciera un presidio en Papigochi. Obediente á esta disposición, puso Fajardo el presidio, y á poco tiempo tuvo que hacer uso de las armas. Menos fogoso que Fajardo Barra-

za, y mas humano que la primera vez que atacara á los indios, conoció por propia experiencia [y ojalá todos los gobernantes aprovecharan como él tales lecciones] que lejos de aprovechar los castigos crueles solo sirven para irritar mas los ánimos, procuró por medios suaves atraer á los sublevados ofreciéndoles un olvido de todo lo pasado. Así consiguió en poco tiempo que volvieran á sus hogares los anteriores habitantes de Papigochi; mas como quiera que no cesasen aun en ellos los motivos preexistentes de desconfianza y de odio que había suscitado en su ánimo el mal tratamiento que por parte de los españoles sufrían, la muerte de sus caciques, y lo que ahora se agrega, el establecimiento del presidio, volvieron de nuevo á intentar otra revolución, y para ello aguardaban el momento oportuno que en todo este año se les presentó.

1652.--Llegado pues el de cincuenta y dos, unidos con los pueblos vecinos encontraron una ocasión bastante oportuna, incendiaron el presidio, y entre las víctimas del incendio se encontraron dos misioneros franciscanos y un jesuita que perecieron en medio de las llamas, el gobernador marchó luego á atacarles y encontró una fuerte resistencia: sufrió muy terribles descalabros y tuvo al fin que esperar los auxilios del virey, á quien dió noticia de lo ocurrido. Antes de que los indios pusieran fuego á Papigochi, habían llamado la atención de los españoles y tentado á ver si les era fácil apoderarse de la villa de Aguilar, sosteniendo el fuego bastante vivo por mas de tres horas al cabo de las cuales se retiraron presentándose de nuevo en la noche con grandes alardos; y cuando ya todos los edificios ardían, señalando de ellos los que los habitaban percutidos por las flechas de los tarahumares, como sucedió entre una innumerable multitud á Juan Barraza. El gobernador, que se veía sin socorro, trató de poner las armas en manos de los presidarios; pero se le representó muy vivamente por los religiosos y por los vecinos horrorados que temían aun mas este peligro que cualquiera otro, y se abstuvo de hacer lo que pensaba proyectando retirar los presidios contra lo que también le fué representado.

Entretanto que esto pasaba, México y las demás provincias del reino estaban tranquilas, haciéndose cada día nuevos descubrimientos de su riqueza, pues se hallaron los minerales de *Alvadeliste*.

1653.--A pesar de las representaciones, el gobernador del Parral, por orden del de la Nueva España, armando los presidarios é in-

dios amigos marchó sobre los tobosos que se habían hecho fuertes, y alcanzó sobre ellos victoria. Volvióse gozoso sobre los tarahumares al tiempo que el caudillo de estos se les había separado; pero no los halló tan desprevenidos que á pesar de la ausencia de su gefe no lo hicieran retroceder. Vanas é inútiles fueron sus tentativas por vencerlos, puesto que en cada acometida sacaba la peor parte cuando le presentaban batalla, que muchas y muy repetidas veces lo rehusaban cuando se hallaban débiles y con poca fuerza. El conde de Alvadeliste le ordenó que hiciese alistamientos prometiendo recompensas, y que á costa de cualquier sacrificio pecuniario pusiese en paz aquellos pueblos. Ya al concluir el año se quemó el palacio del Marqués del Valle, con cuya reedificación se consumió una enorme cantidad que Cavo hace ascender á cuarenta mil pesos.

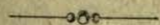
1654.--Llegó la flota de España con el visirador Galves, que entró luego á entender en su visita, y al mismo tiempo venia al conde de Alvadeliste el nombramiento de virey del Perú. Esperóse hasta la llegada de su sucesor, y luego que este llegó, se fué en la misma flota en que había venido Galves, embarcándose por el puerto de Acapulco.

CARLOS M. SAAVEDRA.



EL

ÁNGEL DE MI AMOR.



¡VIDA que en el templo habitas  
De mi corazón ardiente,  
Y á quien mi arrobada mente  
Adora con emoción.

Virgen de amor y hermosura  
Esbelta y cándida palma,  
Brilla la virtud en tu alma  
Cual brilla en su trono, Dios,  
En este mundo maldito,

¿Qué fuera sin tí mi vida?  
¡Ay! fuera flor desprendida  
Del tallo que la nutrió.  
Con una sola mirada  
Viertes en el alma mía,  
Todo el placer y alegría  
Que el mundo cruel me negó.  
Tom. II.

Cuando te miro, querida,  
Mi alma se agita gozosa,  
Cual dorada mariposa  
Del jazmin en derredor.

¿Qué importa que indiferente  
Huyas de mi vista, esquiva,  
Si queda tu imagen viva  
Pintada en mi corazón?

Y esa imagen adorada  
Por todas partes la miro,  
Siempre con ella deliro,  
Y es el ángel de mi amor.

Pero es la estrella velada  
Por la niebla del quebranto,  
Luminar que con su manto  
La adversidad me ocultó.

¡Astro puro y centellante  
De placeres é ilusiones!  
¿Por qué en tan altas regiones  
Resplandece tu fulgor?

Dó solo puedo adorarte  
Y contemplar tu hermosura,  
Y solo puede á esa altura  
Volar mi imaginación.

De la inocencia en las alas,  
Con suave adormido vuelo,  
Un ángel bajó del cielo  
Entre nubes de candor.

Y era su semblante hermoso  
Cual del Querub la mirada,  
¿Quién es ese ángel amado?  
Tú eres ese ángel de amor.

Sí, tú, objeto idolatrado,  
Que con tu mirar divino  
Aplacas de mi destino  
El indomable furor.

Tú en cuyos labios hermosos  
Que exhalan ventura y vida,  
Como en un palacio, anida  
Con las gracias el amor.

Por eso te amo, bien mio,  
Y nunca podré olvidarte,  
Por eso cifro en amarte  
Mi felicidad mayor.

Y si amarte es un delirio,  
Quiero delirar amando,  
Quiero morir delirando  
Con el ángel de mi amor.

F. G.

Febrero 18 de 1844.



# UN POETA COMO MUCHOS.



no se estrañe que diga como muchos, porque D. Antonio (el poeta) es de la mismísima madera que otros muchos poetas de madera que yo conozco, y que se pavonean por esos mundos de Dios. ¡Poetas, poetas de cal y canto, entendimientos de bistec incocoto, necios y desabridos como cerveza nueva!... á vosotros me dirijo. ¿Quién os ha llamado á escribir? ¿Quién os ha forzado á ello? Y si me contestais con la misma pregunta, os responderé que yo escribo por distraer un poco mis penas, y por el solemne compromiso que tengo contraído con D. Antonio.—Y es el caso que en una mañana en que tranquilo estaba en mi humilde cuarto, se entró sin mayor ceremonia un amigo poeta, nombre con que él mismo se bautiza, merced á algunos versos suyos que han publicado los periódicos, lo que en su concepto es un signo de bondad y de aprobación pública, y en el mio está muy lejos de serlo; opinion que yo sostendré, *viribus et armis*, y que.... Vamos, es el caso que entró el amigo; dejó á un lado los saludos etc., para llegar al punto de la cuestion.—He hecho una poesia, Sr. Anónimo.—Me alegro mucho, señor mio.—Quisiera yo que se insertase en el Liceo.—Pues señor....—Como V. tiene sus dimes y di-retes con los redactores.—Es verdad....—Podría V. proporcionarme.—Haré lo que pueda.—¿Quiere V. que se la lea?—Estoy algo ocupado y....—Es corta, no son más que cinco pliegos.—Dios mio!—Puedo comenzar?—Ya; si V. se empeña....—El titulo de toda la composicion es *La carcajada en el purgatorio*; y el número primero se titula, *pobreza y martirio*.—Deje V. los titulos, comencemos la poesia.—El epigrafe es: ¡¡¡Ay de mi!!!—Pero eso qué significa?—Es una exclamacion que han usado todos los buenos escritores.—Perfectamente, con solo ella tiene V. un tesoro y no está expuesto á errar.—Comienzo, dijo el poeta y leyó una poesia terrible, espasmódica, que comenzaba con

algunas exclamaciones; yo sudaba, me movia veces, ora quedaba absorto mirando al poeta, ora reia. Suspendió su lectura. ¿Pondrá V. me preguntó, la poesia en el Liceo?

—Sí, le dije, si V. permite hablar un poco de ella....

—Elogios? No señor, no los quiero, eso es avergonzarme.

—Es preciso....

—Pues bien, haga V. lo que guste. Y continuó leyendo de esta suerte.

Porque es el hombre arrancado  
En el mundo del vivir,  
Un suspiro que angustiado  
Se recela de morir.

—¿Es profundo el pensamiento?

—Nimiamente profundo le contesté; y el poeta como él caritativamente se apellida, prosiguió.

Que en el mundo de ternura  
Libre me hallo, libre yo,  
Y me gozo en la espesura  
Do muriendo miro al sol  
Que se ahoga con premura....

—¿Quién se ahoga? El sol? pregunté.

—Si señor, dijo mi hombre, ¿no le parece V. que se ahoga cuando se oculta en el horizonte. Escuche V., y me comprenderá. Esto es poesia; la poesia es la rima y la profundidad del pensamiento unida á la dulzura y sonidad del verso.

—¡Ah! exclamé, si todos lo entienden como V., ya no estraño que se llamen poetas tantos.... tantos....

—Atiéndame V., me interrumpió el inspirado amigo, y leyó tornando á repetir.

Do muriendo miro al sol  
Que se ahoga con premura,  
Y se hunde ya en el cielo  
Proceloso cual un mar,  
Y se pierde tras un velo  
Que me oculta su brillar  
Y me deja sin consuelo.

Estos consonantes en *elo* son dulces, me dijo, tomando aliento. La idea de dejar sin consuelo á un hombre desgraciado, entornece....

—No solo entornece, sino que me deja tambien sin consuelo, porque yo no he oido cosa igual....

—Gracias, gracias, amigo mio, dijo, y me vió con una indefinible expresion de alegria.... Es lo que sigue, me parece....ya V. verá.

Sin lágrimas y sin lloro  
Cual cárabo sin capuz.

—¡Sin capuz! No entiendo, exclamé, qué capuz es ese.

—Un carabo, me dijo con presteza, anida en una roca, en una quiebra, y como la quiebra lo cubre, le sirve de capuz.

—Ah! Ah! ya comprendo; pero será bueno explicar la idea con una notita....

—Bien clara es, mas si V. quiere.... ya prosigo....

Sin lágrimas y sin lloro  
Cual cárabo sin capuz....

—Hay aqui dijo el poeta interrumpiéndose, unos puntos suspensivos que indican un fragmento de idea; los fragmentos son muy buenos. Y continuó.

Tu piedad señor imploro  
Y cercándome tu luz,  
Me secó el llorar sonoro.

—Yo creo que seria bien sonoro, porque es V. de recios pulmones; pero la mucha luz, díjeme riendo, no solo enjugaria su lloro, sino que dejaria ciego al poeta....

—Es verdad, es verdad, gritó el hombre, vea V. si es natural la descripcion, cuando á V. tambien le ocurre; por otra parte, la idea es grandiosa, asi lo digo.

Mas lo seca tristemente  
Que mis ojos apagó....  
Entre sombras la mi mente  
Suspirando se quejó,  
Y llorando dulcemente  
Mil suspiros exhaló.

—La mente exhaló suspiros?

—Si señor; es la idea mas sublime de la pieza.

—Sublimidad sobre todo.

—Y luego, son dulces estos dos últimos versos, no es verdad?

—Ya, como....

—Yo no sé en donde he leído que la frecuencia de la letra *l* da dulzura al verso.

—Y á veces los hacen de puro dulces empalagosos, porque ni leerse pueden.

—Pero es una regla.

—Es necesario saberla observar.

—Bah, dijo mi hombre, cuando yo hago un verso estoy en todos esos pelos....

—Ya, ya se conoce, mi amigo, pero el verdadero ingenio sigue las reglas instintivamente, por decirlo así, y solo la lectura de los clásicos puede limar su gusto, de manera que naturalmente prorumpa en observancia de las reglas y sin pensar en ellas.

—¡Como! V. cree que no se debe decir al escribir versos, aqui viene bien una comparacion, una....

—No, no señor, si tal fuera, se acabaria la inspiracion, ese entusiasmo que nos hace salir de nosotros mismos, cuando escribimos con conciencia, ya sea prosa, ya sea verso....

—Pues yo he visto....

—Y yo tambien, versos y prosa en que hay comparaciones, descripciones, consonantes, etc., etc., que de á legua se conoce que están ahí por fuerza y con estudio.

—Pero siendo propias, es decir, habiendo propiedad en ellas....

—Eso es lo malo, que cuando no ocurren naturalmente y en el acto de escribir, carecen de propiedad, ó la tienen tal y tan marcada, que es una gloria; y por eso se conoce por un escrito el talento del autor, y su instruccion, la inspiracion y el estudio.

—Efectivamente, yo no estoy por las trabas; romanticismo quiero y nada mas, escuche V. Dos, dijo con gravedad....

—Cómo? pues qué acabó ya el número 1.

—Sí señor.

—Vamos, no he entendido ni una letra....

—A primera vista, dificilmente.... son tan profundos los pensamientos, porque como yo conozco un poco el corazon humano....

—Dios mio! ¿Es V. de los jóvenes que á los 20 años de edad ya pretenden poseer esa ciencia de las ciencias? Es posible?

—No os admire, dijo el poeta, dobló la hoja de su cartapacio y repitió *dos*; tres admiraciones, epigrafe. Me quedé en silencio. El poeta leyó.

H !!!

Sin gloria paso la vida triste;  
Brillo cual iris que sin consuelo  
En la llanura de inmenso cielo  
Brilla infundiendo frio terror.  
Y es, ay! ardiente tu mirada, oh Padre.

—A qué padre se dirije?....

—Espere V., espere V. Dijo y continuó.

Y es ay ardiente tu mirada oh padre

Cual soplo anciano del desierto seco,  
Sus lumbres llegan hasta mi ojo seco  
Y contemplo tu rostro ¡hirviente sol!

--Bravo, exclamé.  
--Bravísimo, dijo mi amigo, enrojecido por la sensación de placer que experimentó. Aquí hay entusiasmo, ¿no es verdad? Ya se acuerda V. que el poeta es ciego.... Pues ahora sigue tierno; oiga V.

Y suspiro  
Blandamente  
Tiernamente  
Lloro yo.  
Y los bosques  
En conciertos  
Lloran muertos  
mi dolor.  
Que soplando  
dulce brisa  
una risa  
semejó.  
Y las aves,  
ya trinando  
van llorando  
con ardor.

--Bien! dije, bien! Llorando con ardor.  
--¿Está bien expresada la idea, no es eso? Quiere decir que se empeñan en llorar, porque mis lágrimas las conmueven.

--Magnífico, repetí.  
--¿Tiene dulzura?  
--Y mucha.

--Buen verso, para mí ideas muelles son las que constituyen la poesía.

--No hombre, le contesté; eso es envilecer la poesía, es afeminarla. ¿Qué no ha leído V. á los buenos poetas españoles, con sus versos sonoros, rotundos, llenos, que parecen un cañonazo por su cadencia, sin que por eso pierdan en dulzura ni en suavidad, cuando ellos quieren expresar ideas que tengan tales cualidades?....

--Bueno, bueno, dijo el poeta, ya prosigo.

Y yo te siento inspiracion sublime!  
Ya los aromas de tu voz respiro,  
Y mil fantasmas en mi torno miro  
A mis sienes fulgentes se allegar,  
Y me embriagan tus cantos de alegría  
Tu ruido de cárbos confuso;  
Y tu sonriz histérico difuso  
Vino la sangre de mi vena á helar.

--Por piedad, exclamé, ¿qué significa eso?....  
--La sangre de mi vena, la vena poética.  
--Sí, pero esos cárbos, ese reir, esas sienes

á qué vienen? Tanta prodigalidad en los adjetivos, sin union, sin sentido....

--Ah! Ah! dijo mi hombre, es el genio, el genio, es el entusiasmo.... y repitió.

Y me embriagan tus cantos de alegría  
Tu ruido de cárbos confuso

--Mire V. mire V., continuó dando palmadas en la mesa, esto que sigue es magnífico.

Y así rota mi frente rasgada  
Se alza adusta severa y terrible  
Como lona en el cóncavo horrible  
Que fulgura clarísimo el mar.

--Jesus! clamé. ¿Qué es eso?

--Brillante, soberbio! gritaba el poeta y daba palmadas, prorrumplía en carcajadas de alegría. --¡Hombre, hombre! me decia, este verso último es hermosísimo y el anterior.... ese cóncavo horrible, ese

Que fulgura clarísimo el mar,  
es magnífico, en ello se encuentran voces selectas, sonoras, y....

--Y está V. disparatando, le dije con enojo. ¿se ha creído V. que la bondad de un verso consiste en esas palabras selectas, sonoras, bonitas? No sea V. uno de tantos poetástrós que nos martirizan con renglones seguidos de palabras y palabras sin contener ni una sola idea.

--Yo soy un genio, porque el genio chispea en mi cráneo.

--¡Ingenio, ingenio! --Eso de genio es francés....

--Es V. un necio.... yo sé lo que hago; y repetía sus versos, y gritaba, y bufaba, y mateaba, y reía, y hacia tales cosas, que el ruido aumentaba, y yo en tanto estaba mohino, silencioso, triste. Entró mi criado al estrépito, vió aquella escena, temió sin duda que el poeta estuviese loco y le amenazó con dos puños, preguntándome con los ojos ahogaba al D. Antonio. Este se sintió sobrecogido de temor á la vista de su adversario, echó á correr; ya junto á la puerta me gritó.

--¿Pondrá V. mi poesía en el Liceo?  
--Sí, sí, con sus notas.....

El criado se imaginó que aquella pregunta era el origen de la disputa y juzgando que se volvía una injuria, se lanzó sobre el poeta; pero te huyó: „mi poesía, gritaba, mi poesía.“ Yo eché á correr en pos de mi fiel criado, logré detenerlo y volvíme con él meditando que si con todos los malos poetas que sin irles ni venir se meten á hacer versos, se usara semejante despedida, callarian muchos laudes, y morirían para el Parnaso los noventa y nueve cen-

tavos de los jóvenes que nos infestan con su usurpado carácter de poetas.

Llegué á mi cuarto, escribí un momento; hablé al criado que me habia seguido y que me contemplaba absorto, y le dije: lleva ese pa-

pel á la imprenta para el Liceo; tomólo con diligencia y salió.

He cumplido con el poeta D. Antonio, dije para mí colete, siempre ha cumplido su palabra el formal.--ANÓNIMO.

## JESUS ANTE CAIFAS Y PILATO.



REFUTACION DEL CAPITULO DEL SEÑOR SALVADOR, INTITULADO:

### JUICIO Y CONDENACION DE JESUS;

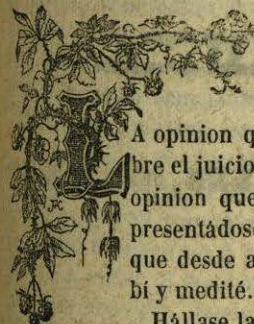
POR DUPIN (EL MAYOR).--TRADUCIDO POR

IGNACIO RODRIGUEZ CALVAN. [\*]



#### PREFACIO.

Si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris  
San Juan.— XIX. 12.  
Si sueltas á ese, no eres amigo del Cesar.



A opinion que ahora emito sobre el juicio de Jesus, no es una opinion que de ayer acá haya presentádose á mi mente, pues que desde años atras la concebí y medité.

Hállase la prueba de esto en mi Libro, *defensa de acusados*, cuya primera edicion salió á luz en 1815, y una segunda se dió á la prensa en 1824. Mis impresiones de aquel tiempo, iguales á la de hoy, están estampadas en el paso siguiente, que llena la nota 42. Dice así: „Algun dia publicaré un exámen del *Proceso de Jesucristo*, que con razon se ha llamado *la pasion*, porque él padeció efectivamente, *passus est*, y no fué juzgado. Vese allí *al Justo* vendido por uno de sus discipulos, á quien habia ganado la policia de los sacerdotes; perseguido por *el espíritu de secta*, peor todavía que *el espíritu de partido*! Des-

envuélvese en él, la rencorosa política de los pontífices judios, el orgullo de los fariseos y la cólera de los escribas. Acusado sin ser defendido, sentenciado sin habersele podido convencer, muerto con escarnio.... Tan solo padecimientos se descubren en aquella *prolongada escena de iniquidades!*”

De tales argumentos me servia para conjurar otras desgracias en una época manchada por la reaccion con tantas rigurosas sentencias, en las cuales no siempre fueron respetadas las formas legales.

El mismo asunto he tocado en mis *Observaciones sobre la legislacion criminal*, y de él deduje argumentos muchos, combatiendo desde entonces el empleo de *agentes tentadores*, y para contener, con el ejemplo de Pilato, á los prevostes y á los jueces débiles á quienes mucho repetian: *si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris*. „Si lo soltais, no sois realistas.”

(\*) Un amigo ha tenido la bondad de proporcionarnos este interesante artículo que insertamos con tanto mas placer, cuanto que al mérito indisputable del original se añade el de la traduccion, en cuyo elogio baste decir que es obra de nuestro malogrado poeta Rodriguez. Como un obsequio á su grata memoria damos lugar en nuestras columnas al mencionado artículo y tributamos al mismo tiempo las gracias al amigo á quien lo debemos.

Otras ocupaciones desviaron despues mi atencion, pero la obra del señor Salvador naturalmente me volvió á ello.

El autor, á quien personalmente conocia, y cuyos talentos he apreciado bastante, me dió su libro, suplicándome lo examinara. De suerte que por *petición suya* y no por espíritu de hostilidad heme puesto á examinarla.

En la *Gaceta de los tribunales* publiqué un artículo en el que daba una ojeada al plan y objeto del autor, y dediquéme particularmente á dar á conocer á los lectores de aquel diario, en su mayor parte jurisconsultos y magistrados, el capítulo en que Salvador trata de la *administración de justicia entre los hebreos*.

Al elogio de este capítulo debió seguirse la crítica del intitulado: *Juicio y sentencia de Jesus*.

Creí poder encerrar en un solo artículo de igual extensión que el primero, todo lo que tenía que decir sobre tan grande acontecimien-

to. Pero he sido arrastrado por la importancia y gravedad del asunto, y por la necesidad de poner gran cuidado y precisión al refutar á un escritor cuya eminente sagacidad yo mismo afanosamente habia proclamado.

Semejante cuidado debió aumentarse todavía cuando despues de mi artículo segundo me vi atacado por la *Gaceta de Francia* casi tan fuertemente como el mismo Salvador. Adelante se verá mi respuesta á las invectivas de aquel papel, que ha tenido la peregrina ocurrencia de juzgar criminales los *elogios* al señor Salvador, y de no soportar sin embargo la empresa de *refutarlo*. ¡Increíble sistema de delación y calumnia! muy digno por cierto de un diario que *para no temer por la existencia del gobierno* querria ver multiplicarse sin motivo las *acusaciones* contra los mas eminentes y honrados ciudadanos, y que está sufriendo de la mas generosa sangre *hasta la segunda generación!*...

## A LA GACETA DE FRANCIA.

RESPUESTA INSERTADA EN LA **GACETA DE TRIBUNALES**, DEL 9 DE DICIEMBRE DE 1828. [\*]

**A**NTES de dar mi artículo tercero, preciso me será detenerme un instante para rechazar una embestida que calumnia lo que digo y amenaza lo que me falta que decir. Una rápida explicación bastará para ello.

En mi artículo primero traté de dar una ojeada á la obra de Salvador, á su plan y á su estilo; y plegándome á lo que mas particularmente fuere de mi incumbencia y de la *Gaceta de tribunales*, expuse con alguna extensión lo concerniente á la *administración de la justicia entre los hebreos*.

Rendí tributo al mérito del Sr. Salvador, como autor y como escritor. Elogiando lo que me parecia digno de aprobación, nada perdí,

al contrario consolidé mi derecho de crítica con independencia lo que me parecia susceptible de combatirse. Tal era el capítulo epistólico titulado: *Juicio y condenación de Jesus*.

Sobre este grave asunto emitió Salvador una opinión que me parece *erronea*, pero debí confesarlo, Salvador usó de su derecho, como usé del mio sosteniendo la opinión contraria, que es la *verdadera* acá para mi.

La *gaceta de Francia*, apasionada siempre en vano dijo que si tal era el derecho que se deducia de la *constitución* "seria un horror que era preciso aniquilar lo mas pronto." No, la *constitución* no es un horror; y no será abolida por dar gusto á la *Gaceta de Francia*;

pesar de que ese es el derecho que se deriva de la *constitución*; pues protege igualmente todos los cultos, y afirma la libertad de imprenta; permite á cada cual seguir su creencia, y tolera la moderada discusión de opiniones. Si lo dudase alguno, remitiérame yo á nuestras leyes sobre imprenta; á las causas de su aparición, y muy particularmente al *informe* presentado á la cámara de los pares por el duque de Broglie, en la sesión del 8 de mayo de 1829, sobre la ley votada el 17.

Pero he hablado de *moderación*, y la moderación es lo que mas desagradó á la *Gaceta*; y no tolera que Salvador sea refutado cuerpo á cuerpo por medio del raciocinio y destruyendo una á una todas sus aserciones, como he emprendido hacerlo, tratando de hacer resplandecer la verdad. Hubiera preferido aquella á una respuesta henchida de vituperios y de nuevos; pues no es de otra manera el lenguaje que empleó contra el autor y contra mí.

Pero lo he dicho ya: *denunciar no es refutar, injuriar no es responder*. Sin duda que tal método me hubiera sido fácil, y hubiera podido á mis anchas denostar á Salvador, y llamarle por ejemplo *tizon de infierno*; y cierto que lo hubiera confundido en gran manera, porque era árdua empresa probarme lo contrario. En tiempos pasados la nave de Pascal mismo, baró en semejante escollo.

Preferí sin embargo las armas de la razón y de la lógica; de suerte que atacué á mi diestrisimo adversario en la palestra misma donde le plació colocarse. Hubiera podido rehusarse á seguirme á otro lugar, pero allí no podia evitar el combate; y allí busqué el modo de vencerle, dando con esta conducta sobrada ventaja á la noble causa que defiende.

La *Gaceta* se lastima de que esta empresa la haya intentado un abogado. Pero note ella, si á bien lo tiene, que, del principio al fin, Salvador propone una cuestion de derecho y ley. No por esto queda cerrada la barrera á personas de otra estofa; que bien pueden los teólogos entrar en justa cuando quisieren, armados de argumentaciones que solamente ellos están en posición de manejar bien. Que dejen reposar un instante las ordenanzas y los ministros del rey, y que se presenten á desempeñar el augusto ministerio de los Irineos y Tertulianos.

Lo que es yo, debí encerrarme en mi esfera, y en el círculo en que menos espuesto estaba á extraviarme, para dar acabamiento á la penosa tarea que yo mismo me impuse. Con religioso afecto en el corazón, y en la diestra

el Evangelio y las leyes, proseguiré discutiendo y confundiendo las iniquidades que contra Cristo cometieron los pontífices, *sus escribas*, y sus amigos los fariseos

### OJEADA

## SOBRE LA OBRA DEL SEÑOR SALVADOR,

TITULADA:

*Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo.*

TAN grande ha sido la influencia del pueblo judío sobre las sociedades humanas, tan singulares contrastes presenta su existencia, y sus anales han sido tan frecuentemente traídos al apoyo del despotismo teocrático, que los mira como las columnas fundamentales de sus derechos, que el Sr. Salvador juzgó conveniente someter á nuevo exámen su legislación y su historia. Para ello se ha remontado á los manantiales mismos, ha estudiado los libros originales y ha reunido cuidadosamente todos los hechos relativos á su asunto.

Ha sido el resultado de sus investigaciones, que las ideas generalmente esparcidas acerca de la organización primitiva é historia de los hebreos, eran erróneas en su mayor parte; que la importancia dada á lo maravilloso y el modo como nos habian inculcado estas narraciones desde la niñez, habian viciado las opiniones y desatendido todo lo que habia de mas positivo, interesante y curioso en las compilaciones sagradas y en la suerte de aquel pueblo, apellidado *pueblo de Dios*.

Pasó Moisés su juventud entera en la corte del rey egipcio, entre los mas sabios de su reino, fué iniciado en sus conocimientos misteriosos, é instruido al mismo tiempo en las doctrinas que un hombre célebre en todo el Oriente, Abraham, habia legado á sus hijos. Retiróse despues á la soledad, y en el curso de largos años entregóse á profundas meditaciones, y creese que gastó parte de ellos viajando. Circunstancias todas demasiado favorables para desenvolver un poderoso ingenio; y si se agrega á esto un ardiente patriotismo y un carácter inflexible, ya no asombrará, sin tener que recurrir á otras causas, el inmenso papel que este hombre representó entre los suyos y en la vasta escena del mundo.

En Moisés está casi toda la historia de los judíos, pues que domina los tiempos posterior-

(\*) Quizá entre nosotros tendrá poco interés esta respuesta, pero nos hemos decidido á traducirlo por el propósito que nos habiamos formado de presentar al público de México la obrilla del Sr. Dupin, tal como cayó en nuestras manos, y porque vieran en la *Gaceta de Francia* su retrato nuestros periodistas y otros escritores que aquí abundan.